

Algunos tiroteos de poca importancia se repitieron en los días siguientes, sin que ninguno de ellos presentara el carácter de un encuentro formal.

Autorizadas opiniones navales creyeron que eran probables dos capturas importantes: la del «Alfonso XII» que se hallaba entonces en las Barbadas, de paso para Cuba, con un cargamento de víveres, y 500, 000 pesos; y la del «Oregón», que pudo haber sido apresado por la escuadra española de Cabo Verde, según se le llamaba.

Este buque en compañía del cañonero «Marietta» conducían al «Nitchroy» recientemente comprado al Brasil, hácia las costas americanas. Sin embargo ni una ni otra captura fué intentada.

Notable fué por aquellos días la actitud resueltamente hostil á España y favorable á los Estados Unidos que Inglaterra asumió. Los discursos pronunciados por Lord Salysbury y Mr. Chamberlain aplaudiendo de una manera indirecta la intervención de los Estados Unidos en Cuba é impugnando la conducta de España causaron gran sensación en toda Europa.

Más no sólo Inglaterra volvió las espaldas á España después del desastre de Manila. Fué de observarse como el cambio se operó bruscamente en otras naciones que antes le habían manifestado sus simpatías.

En cuanto á lo demás, la actitud de la Europa puede verse en las siguientes frases tomadas de los principales periódicos.

Con la única exepción de Austria, á España se le censuró por sus acciones durante el combate de Manila.

El *Viena Fremdblatt* dijo: los americanos no han ganado glorias en la victoria de Manila, pues todas las ventajas estaban en su favor y nada en contra de ellos. El mismo diario agrega que los españoles lucharon como héroes y en realidad fué una victoria, aunque el mundo la considera solamente como una derrota.

La *Freipresse*: las potencias serán responsables en lo futuro si no median y evitan la matanza de un pueblo ya gastado en las guerras civiles é impotente para entrar en una contienda con una gran nación.

Le *Figaro* dijo: el gobierno francés no puede apoyar á una nación que por sí sola no puede defenderse.

Le *Soir*: los americanos han juzgado á Francia con premura al creer que el pueblo francés está dispuesto á tomar la parte de España.

Le *Soleil*: con otro combate acabarán las ilusiones de España, y las dificultades con los Estados Unidos se arreglarán entonces amigablemente.

La prensa de Rusia unánimemente elogió á los marinos americanos y dijo que el resultado de la batalla de Manila fué tal

como se esperaba. Favoreció la ocupación permanente de Filipinas por los americanos.

El *Popolo Romano*, de Roma, dijo que la derrota de Manila fué el principio del fin de la guerra entre España y Estados Unidos. Ha enseñado á los españoles lo que antes no sabían, y es: que los americanos son guerreros y marinos. Además, ha demostrado á Europa y al mundo entero que los Estados Unidos están mejor preparados que España, para la guerra, que ésta última ha forzado.

La prensa inglesa rebozaba de alegría. Es posible que no estuvieran mas satisfechos, si ellos hubieran ganado la batalla.

El *Manchester Guardian* dijo que esa victoria es digna de la raza anglo-sajona, y enseñará á las naciones á respetar á los americanos. Agregó que Inglaterra es la única nación europea que comprende á los americanos, puesto que por sus venas circula la misma sangre y tienen las mismas aspiraciones.

El *Daily Graphic* publicó un extenso editorial exhortando al gobierno para que hiciese lo posible por la formación de una alianza con los Estados Unidos.

La *Pall Mall Gazette* prevee en la victoria americana en las Filipinas una nueva potencia alzarse en el horizonte europeo. America, dice la *Gazette*, tendrá que contarse con ella en los movimientos europeos del porvenir.

La misma prensa madrileña no se resignaba ante los sucesos de Filipinas. Algunos periódicos echaban el peso de la responsabilidad sobre el gobierno, otros le increpaban duramente, en tanto que los carlistas promovían algunos disturbios en las provincias.

El día 7 de Mayo tuvo lugar una escena violenta en la Cámara de Diputados. Un diputado de apellido Mella tomó la palabra y echó en cara al gobierno de la regencia el desastre sufrido, en frases tan duras, que tocaban aun á las augustas personalidades de la Reina y su hijo.

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Sagasta, apoyado por la mayoría de la Cámara, protestó en medio de la mayor confusión. Los republicanos tomaron la parte de los carlistas. El Presidente de la Cámara pidió al Sr. Mella que retirara sus palabras, á lo que el Diputado se negó redondamente.

El Presidente llamó al orden al Sr. Mella tres veces, diciendo que su negativa al retirar las palabras que acababa de proferir, era ofensiva á la actual dinastía. Entonces pidió á la Cámara la expulsión del miembro que ofendía á la dinastía. Se puso á votación en medio de la mayor excitación y resultó la expulsión del Sr. Mella por 199 votos contra 19; los carlistas y republicanos votaron juntos. Al anunciarse el resultado de la votación, los carlistas y republicanos salieron de la Cámara.

Los carlistas declararon que no volverían á la Cámara hasta que se permitiera el regreso á ella al Sr. Mella.

Como se repitiesen los disturbios, en algunas de las provincias fué declarada la ley marcial.

III.

La escuadra bloqueadora verificó tres capturas más: el bergantín "Lorenzo" apresado por el «Montgomery», cerca de la Habana; venía del Río de la Plata con un cargamento de carne seca. "El Espartero" balandra pescadora aprehendida por el "Morrill" á tres millas de Mariel, y la tercera fué la goleta "Madre de Dios" cargada de pescado, la aprisionó el "New-Port."

El primer combate formal en aguas de Cuba se efectuó el día 11, en la bahía de Cárdenas y en Cienfuegos, que intentaron los insurrectos descargar ocho botes grandes cargados de municiones.

Ayudados por los buques americanos que disparaban sus cañones de continuo sobre Cienfuegos, se acercaron á la costa con el fin de lograr su objeto, pero varios batallones de infantería hicieron fuego sobre los botes, los que se retiraron inmediatamente. Al mismo tiempo las baterías de los fuertes y otras á lo largo de la costa hicieron fuego sobre los americanos, que se retiraron, pero intentaron nuevamente desembarcar á orillas del río Tremao, volviendo á ser rechazados.

El despacho en que describe el General Blanco el combate de Cienfuegos, dice:

"Los americanos arrojaron como unas seiscientas granadas al intentar efectuar un desembarco con grandes botes remolcados por lanchas de vapor.

"Algunos de los botes desembarcaron á sus hombres, pero los últimos fueron enérgica y victoriosamente rechazados, todos á lo largo de la línea.

"Viéronse obligados los americanos á embarcarse de nuevo á toda prisa, y tuvieron pérdidas considerables en las cinco horas que duró la pelea. Se retiraron en dirección del Oeste.

"Se dió la embestida de acuerdo con las bandas de insurrectos, á quienes se puso en fuga.

"Las pérdidas españolas consistieron en dos muertos y catorce heridos."

Poco después penetraron al interior del puerto de Cárdenas los cañoneros «Wilmington», «Hudson» y el torpedero «Winslow». Entraron al puerto con el propósito de acometer á ciertos cañoneros españoles de que se tenía noticia, que andaban dor allí.

No los descubrieron los americanos sino cuando los españoles rompieron el fuego. Las baterías de la costa de Cárdenas sostuvieron el tiroteo de los cañoneros.

Comenzó la pelea á la una y cincuenta minutos p. m. y duró como por espacio de una hora.

Resultaron heridos: R. E. Cox, artillero; D. Mc Keon, Cuartel maestre, el Mayor Paterson, el fogonero F. Gray y el teniente J. B. Bernandou. Todos ellos están heridos levemente, excepto Patterson, cuyo estado es grave.

Terrible fué la lucha mientras duró. El «Wilmington» y el «Hudson» rompieron el fuego sobre los barcos españoles que estaban en los diques. Se inició el tiroteo á una distancia de . . . , 3,500 yardas.

Algunos minutos despues llegó el «Winslow» y tomó parte en la refriega. En unos instantes se reconcentró en él toda la atención de los cañoneros españoles y baterías de la playa; por donde quiera llovían sobre el torpedero balas y granadas.

Sostuvieron aun el fuego el «Wilmington» y el «Hudson», pero no pudieron evitar los tremendos estragos del tiroteo, que privó de la existencia á algunos de los tripulantes del torpedero.

A las 2 y 25 minutos p. m. , estalló una bomba en el «Winslow» y le hizo pedazos la caldera, á los pocos instantes empezó el barco á dar vueltas. Hubo algunos momentos de fatídica suspensión; se dejaron oír gritos de triunfo de los españoles que estaban en los cañoneros y en las baterías, y se desató de nuevo el huracán sobre el indefenso barco.

El cañonero «Hudson», que estaba á poca distancia, voló á socorrer al «Winslow», se le acercó á toda prisa y probó á salvar á la amenazada tripulación.

Hasta este momento, si se exceptúa el disparo que hizo pedazos la caldera del «Winslow», el fuego de los españoles había sido inútil; pero como el «Winslow» estaba dando vueltas en el agua, se puso más al alcance de los tiros y descargaron sobre él otra lluvia de proyectiles.

En los momentos en que el cañonero había arrojado un cable para salvar á la tripulación del «Winslow» cayó una granada sobre cubierta matando á W. Bagley teniente abanderado y cuatro marinos más.

La ciudad y los cañoneros españoles sufrieron pequeñas averías.

También dice el despacho del General Blanco que á la vez que estaban atacando el puerto de Cienfuegos, atacaban igualmente el de Cárdenas.

"Uno de sus buques mayores ancló como á una milla de los muelles, y en seguida intentó el enemigo desembarcar tropas, pero nuestras fuerzas, compuestas de voluntarios y de dos compañías de infantería lo obligaron á desistir de su propósito.

“Nuestros cañoneros inutilizaron uno de los destructores del enemigo y forzaron á los buques restantes de la escuadra á abandonar la bahía.

“La guarnición tuvo cinco heridos, y como diez lo fueron á bordo de los barcos.

“Fué poco el daño causado á la ciudad, no obstante que cayó una granada en el consulado inglés.

“El ataque se había proyectado en cooperación con las tropas insurrectas que fueron derrotadas recientemente en San Miguel.

“He dado la enhorabuena, tanto á las tropas como á los habitantes de la ciudad, por la prueba inequívoca que han proporcionado de su lealtad á España.

“Muchos fueron los americanos que, al intentar el desembarque, cayeron bajo el fuego español.

“En Cárdenas perdieron la vida dos de los habitantes, heridos por los proyectiles del enemigo.”

Al día siguiente al en que se recibieron noticias de Manila de que el Comodoro Dewey había tomado la plaza, los súbditos alemanes residentes en esta ciudad, enviaron urgente demanda al gobierno alemán pidiendo protección contra el bombardeo y peligros que corrían de ser saqueados por los indígenas.

La respuesta fué inmediata. El Cónsul alemán recibió instrucciones para oponerse enérgicamente á toda devastación inútil que no estuviera conforme á los actos de guerra, y que se opusiera al desembarque de tropas americanas si éstas no eran suficientes para mantener el orden; que protejiese las vidas é intereses de los alemanes y que fijase el total de los perjuicios sufridos por Alemania.

En el interín tres Embajadores, sin incluir á Sir. Julián Pauncefote, hicieron representaciones amistosas al Ministro de Relaciones Mr. Day, recordándole que conforme al mensaje del Presidente McKinley, la libertad de Cuba era el único objeto de la actual guerra, y que por lo tanto, el bombardeo de los puertos cubanos solamente aumentaría las miserias del pueblo, y sería contrario á los sentimientos expresados por los Estados Unidos. Se le recordó que los derechos de los residentes europeos debían ser respetados. El Presidente McKinley se impresionó con este argumento y entonces fué cuando se dió orden de levantar parcialmente el bloqueo de Cuba y se proyectó el ataque de la escuadra española.

El ejército invasor al mando del general Miles recibió las últimas órdenes para embarcarse rumbo á Cuba, y á pesar de las protestas contra los bombardeos se dió orden al Almirante Sampson de atacar á Puerto Rico.

Esta orden fué cumplimentada el día 13 en las primeras horas de la mañana.

A las tres se tocó llamada general á bordo del «Iowa» y se dió principio á las maniobras de alistarse para el combate. Los tripulantes estaban ansiosos por entrar en él. A esa hora no se veían señales de defensa en las fortificaciones.

El combate principió á las 5.15 a. m. y terminó á las 8.15. Las baterías del enemigo no cesaron de hacer fuego ni fueron calladas.

A las cinco y minutos, el «Iowa» se encaminó á la costa. Súbitamente viró y presentando un costado á las fortificaciones, les descargó simultáneamente todos sus cañones. Durante 14 minutos no cesó de hacer fuego, entre tanto el «New York» y el «Indiana» y otros buques disparaban sobre los fuertes. El «Iowa» se volvió hasta donde estaba situado el «Wampatuck.» Pocos momentos después regresó hácia la costa.

Los fuertes concentraban sus fuegos sobre el «Terror» que se encontraba á 700 yardas de la costa. Todos los buques de línea pasaron frente á las baterías sin hacer caso á los disparos de los fuertes.

A los heridos se les auxilió en el acto.

A las 7.40 el Almirante Sampson hizo señal de suspender el fuego y retirarse.

El «Iowa» encabezó la retirada, el «Terror» fué el último en alinearse, pues no vió la señal y continuó el fuego durante media hora.

Los buques que tomaron parte en el combate fueron: «Iowa», «Indiana», «New York», «Terror», «Amphitrite», «Montgomery», «Wampatuck», y «Borler.»

El fuego de los españoles fué nutrido á la vez que terrible; pero casi todos sus disparos estuvieron fuera de blanco y los únicos buques tocados por las balas españolas fueron el «New York» y el «Iowa». Estos se acercaron á los fuertes hasta ponerse bajo sus cañones.

Los españoles pelearon como valientes. Una de las torres del «Amphitrite» se descompuso durante el combate, pero fué reparada en el acto.

Las metralas pasaban á torrentes sobre los buques.

El castillo del Morro, al Este de la entrada de la bahía, fué el punto objetivo de los artilleros americanos. El Almirante Sampson y el capitán Evans se escaparon de sufrir heridas graves por las astillas que volaban, pues estaban sobre el puente del «Iowa.»

El mar estaba algo agitado, lo que hacía un poco difícil apuntar con certeza.

Nubes de polvo indicaban donde caían las balas americanas. Las balas silbaban sobre las cabezas de los españoles; pero estos continuaban al pié de sus cañones.

Las bajas de los americanos consistieron en dos muertos y siete heridos.

El anterior relato del bombardeo fué comunicado por el representante de la prensa Asociada á bordo del "Iowa."

Entonces fueron conocidas las frases del orador Chamberlain, Ministro de las Colonias inglesas, causando una profunda impresión en todos los círculos diplomáticos.

He aquí algunas de ellas contenidas en el famoso discurso elogiando la política de Lord Salisbury:

"Allende los mares existe una nación potente y generosa, que habla nuestra propia lengua y nació de nuestra raza, que tiene intereses idénticos á los nuestros.

Puedo aventurarme á decir que, terrible como es la guerra, y por terrible que sea con las modernas máquinas de destrucción y muerte, aun á costa de una guerra, tendría cuenta y por una grande y noble causa la bandera de las franjas y estrellas ondeará lado á lado de la bandera inglesa sobre una alianza anglo-americana."

El discurso produjo gran entusiasmo y aplausos ensordecedores interrumpian constantemente á Mr. Chamberlain.

La gran Bretaña, declaró, no debe rechazar la alianza con una nación, cuyas simpatías é intereses están con ella."

Este nuevo desengaño de la tan decantada justicia de los ingleses, impresionó hondamente al gabinete español, que empezó á comprender, aunque tarde, que España se hallaba sola, frente á un enemigo poderoso, sin más apoyo en toda la Europa, que el platonismo de la Austria, perdida la esperanza que le hubiera inspirado la conducta ambigua de Alemania, al descubrir que el motivo de su misterioso silencio era el interés comercial de sus fabricantes de cañones.



CAPITULO X.

Movimiento de las escuadras—Fracaso de la primera expedición para invadir á Cuba.—La situación en Manila.—Crisis en el Gabinete español.—Nuevo ministerio.—Refuerzos para Dewey.—Actitud de los insurrectos filipinos.—Nueva proclama de McKinley—Llegada de Cervera con su escuadra á Santiago de Cuba.—Tentativas de desembarcos americanos.

I

LAN luego como se tuvieron noticias en Madrid del bombardeo de San Juan de Puerto Rico, el Almirante Bermejo, Ministro de Marina comunicó por telégrafo instrucciones al Comandante de la escuadra española de Cabo Verde á fin de que se pusiera en camino para las Antillas.

Por su parte el Secretario de Marina de los Estados Unidos ordenó retardar la salida del ejército de invasión hasta que el Almirante Cervera hubiese entrado en algún puerto de Cuba ó Puerto Rico, tratando de evitar un encuentro con su escuadra.

La noticia del triunfo español en Cárdenas causó gran entusiasmo en Madrid, así como el rumor, que corría muy válido, de que la escuadra de Cervera no solamente iba á batir á la de Sampson, sino que tambien bombardearía los puertos de Estados Unidos en el Pacífico, imitando la conducta de los marinos americanos que atacaron inopinadamente á Puerto Rico.

La falta de aviso, que precediera al ataque de San Juan, indignó á los habitantes pacíficos de la ciudad. En las Cortes de Madrid hubo enérgicas protestas contra aquel acto, en pugna con los usos de guerra observados entre naciones cultas. El Ministro de la Guerra, General Correa, manifestó en plena sesión que "la conducta de los americanos era la de unos bandidos, y que el gobierno español pondría el hecho en conocimiento de las potencias."

Gran actividad se desplegó en los ministerios de Guerra y Marina de una y otra nación en los días subsecuentes al bombardeo de Puerto Rico. Después de haberse comunicado órdenes á